

*—¿Una mujer de otra clase social podría permitirse ciertas libertades, sobre todo sexuales, como las que se permite Catalina?*

—Claro que sí, lo hemos visto un millón de veces, las mujeres pobres tienen dos maridos o más, del mismo modo que se lo permitió Fortunata en el siglo pasado, a quien le parecía de lo más normal tener un marido y un amante.

*—En Mujeres de ojos grandes usted relata la vida de varias mujeres educadas para el matrimonio y las labores del hogar, pero que no presentan el típico síndrome del ama de casa, porque son personalidades vigorosas, incluso emancipadoras. ¿Representan a sus tías soñadas?*

—Algunas, como cuatro o cinco de ellas, de verdad fueron mis tías. Y también estoy yo en alguna de las historias.

*—¿Cómo surgieron estos relatos?*

—A la semana de nacer mi hija se estaba muriendo y yo no sabía cómo decirle que se quedara en el mundo. Me daban permiso para entrar a verla una hora diaria y me encontraba con la bebecita llena de sueros y agujas. Era una sala de terapia intensiva donde entraban todas las mamás con estampitas y rezos y aguas benditas. Pero yo no tenía nada de esto. Entonces, como consuelo, empecé a decirle a la niña que no se muriera. Yo ya no podía tener más hijos, porque me había ligado las trompas. Por lo tanto, le decía: tú no te puedes morir, porque eres el final de esta cadena, y porque otras mujeres han tenido que pasar por tantísimas dificultades para que tú tengas una vida mejor, más libre, más afortunada. Bueno, más afortunada no sé, porque la felicidad es una cosa que uno se va ganando todos los días, pero, desde luego, con más seguridad de sí misma, con más dominio de su cuerpo, con más conocimiento en cuanto a su destino, con más derecho a decidir qué vida quiere. Eso yo sabía que mi hija iba a poderlo tener. Le decía: hay mujeres que han dado batalla en otros tiempos para que tú puedas quedarte en el mundo y disfrutar de muchas libertades. No te mueras. Así que empecé a contarle historias de mis verdaderas tías. Hay, en el libro, dos mujeres que se quieren mucho y una de ellas se muere de cáncer, éstas son como mi mamá y mi tía; hay otra que cultiva violetas. Sí, por supuesto que tienen que ver con las mujeres de mis sueños. Durante mucho tiempo las escritoras hemos acudido a la imagen de las mujeres aguerridas, pero desgraciadas; en otras palabras, a las que, finalmente, les fue mal. Y volvi-

mos a esas mujeres nuestros modelos. Por eso, quería tener para mi hija modelos de mujeres a las que les fuera mejor. Porque estas mujeres de ojos grandes viven en un mundo que no les permite ir mucho más lejos de su casa, pero son capaces de ver más allá de lo que la vida les permite que vean y entonces se dan a sí mismas derechos, tienen esa audacia. Hay varias que son, como diría alguna periodista, adúlteras; yo prefiero decir que son capaces de tener más de un amor, que es la expresión adecuada, porque en aquella época, en la época de mi mamá y de mis tías, no había posibilidad de otras libertades. Si tú te das el derecho de hacer con tu cuerpo lo que quieres, lo que tus impulsos y tus lealtades a ti misma te permiten, si tú tienes esa libertad puedes tener otra, pero antes de ésta no puedes tener ninguna. Siempre he dicho que quiero comprar mis zapatos, porque si puedo pagarlos, puedo también ir con mis pies adonde quiera.

—*Emilia Sauri, la protagonista de su segunda novela, Mal de amores, nace en una familia liberal y, por ende, puede buscar su destino enfrentando las limitaciones impuestas a su género. Ama a dos hombres. En la infancia, a Daniel Cuenca (aventurero y revolucionario); en su madurez, a Antonio Zavalza (un médico que persigue la paz en mitad de la guerra civil). Hay un cambio en el objeto de amor. ¿A qué se debe?*

—La protagonista de esta otra novela ya está educada por una mujer como las de *Mujeres de ojos grandes*. Milagros, Josefa y el propio Diego Sauri son personajes que le enseñan a Emilia a ser libre. Aunque no creo que ella elija amar a uno en la infancia y a otro en la madurez; pienso que los quiere a los dos toda la vida. Lo chistoso es que yo quería contar la historia de una mujer que se enamora de dos hombres al mismo tiempo siendo adulta. Pero comencé a contar la historia desde su nacimiento, por eso la historia me la fueron ganando los papás de ella. Es decir, me empecé a divertir mucho con Milagros y con Josefa, y con la vida antes de la revolución, y con los movimientos previos a la revolución y con la revolución, cuando Emilia es adolescente. Entonces, en el último capítulo queda sugerido que Emilia se pasa la vida queriendo a los dos. Pero lo que yo quería escribir, cuando inicié el libro, era el último capítulo. A lo mejor, la novela debería haber acabado un capítulo antes. Porque si el libro no tuviera el último capítulo, hubiera podido hacer otra novela y haberla empezado al día siguiente sin quedarme abandonada por todos los personajes. Pero eso era serle infiel a *Mal de amores*, porque este libro no podía acabar en que Emilia se queda con Zavalza y deja a Daniel: habría sido una injusticia. Entonces dejé el último capítulo.

*–En El mundo iluminado usted reflexiona sobre varios temas, uno de ellos tiene que ver con México. ¿Cuáles son los cambios que deberían producirse en su país?*

–Seguro hay algo que cambiar en México y algo que a los mexicanos nos cuesta mucho trabajo: la desigualdad. Es muy difícil vivir en un país con desigualdades tan grandes. Para quienes padecen la desigualdad y viven en la pobreza, la dificultad es enorme. Y para quienes gozamos de ciertos privilegios, la carga emocional de vivir en un país donde hay gente tan pobre resulta muy difícil de sobrellevar. Creo que, con el tiempo, México se irá volviendo un país más justo, más informado, con más acceso de la gente a la educación y a cierta información que les permita tener menos hijos. Espero que el sistema político y económico se vuelva más justo. Esto va a pasar inevitablemente; no puede ser de otra manera.

*–En este libro usted también habla de los itinerarios de su escritura y alude a los temores, alegrías y vacilaciones de una creadora. ¿Podría decir cuáles son los más extremos?*

–Las alegrías más extremas y los miedos no necesariamente vienen de escribir; lo que pasa es que, al escribir, uno los exorciza. Uno escribe para pensar en los miedos, en las alegrías y también en las dudas que se nos presentan. En realidad, uno exorciza las penas y llama a las alegrías escribiendo.

*–Alguna vez usted dijo que escribía para sus amigas. ¿Sigue haciéndolo todavía?*

–Sí, sólo que ahora tengo más amigas. Alguien me dijo estos días que poseo frescura, naturalidad para hablar y comunicarme con la gente, y dominio del auditorio. Pero yo odio la palabra dominio, no tengo dominio, sino que yo llego a una charla y me encuentro con mis amigas, y por eso puedo hablarles así. Llego a una conferencia y le digo ¡hola! al público, porque sé que ya nos conocemos. Esas amigas del auditorio saben muchas más cosas de mí de las que yo sé de ellas. Por otra parte, el hecho de que estén ahí significa que compartimos un montón de cosas. Por eso, me siento muy acompañada por ellas. En la primera mesa redonda que inauguró la «Semana de Autor» que me dedicaron en Madrid, organizada por la Agencia Española de Cooperación Internacional, los ponentes no hablaron de mí, entonces una señora del público, que evidentemente era lectora

mía, dijo que le daba una vergüenza terrible y que se sentía engañada porque ella había ido a oír hablar de Ángeles Mastretta, y regañó a los ponentes. Entonces pensé: es mi amiga. Y le expliqué cómo era la dinámica de las jornadas que se desarrollarían durante la semana. Le dije que el tema de la primera mesa era «Mito e historia en la narrativa mexicana» y que, en días siguientes, otros ponentes hablarían más directamente de mi obra y de mí.

–*En mi pregunta anterior me refería, en realidad, a sus amigas con nombre y apellido.*

–Sí, de hecho, yo me sigo dirigiendo a mis amigas con nombre y apellido. Hay gente que escribe para sí misma. Alguien hoy me decía: ¿no te parece que escribir es un acto de narcisismo espantoso? Le contesté que sí, que es un acto de soberbia y de narcisismo. Es como manifestar a los demás: he aquí que las cosas que yo digo son importantes y merecen ser publicadas, y hay a quien le van a interesar. Pero también es un acto de humildad. La publicación de un libro implica expresar, por otra parte: he aquí lo que yo tengo que decir, opinen ustedes si vale la pena, si lo que escribo es inteligente, cuerdo o hermoso. Te estás exponiendo. Resulta más cómodo pensar que lo que uno escribe es una maravilla, pero no se lo enseña a nadie.

–*¿En qué está trabajando ahora?*

–En textos como los que reúne *El mundo iluminado*, pero pronto –«pronto» es como decir la tierra de la gran promesa– me sentaré seis horas diarias hasta dar con otro novela. Voy a ver.

–*Entre su primera novela, Arráncame la vida, y la última publicada, Mal de amores, hay un intervalo de casi diez años. ¿Le resulta muy laborioso trabajar en narraciones extensas?*

–Sí, hay casi diez años, pero hice mucho periodismo, también escribí *Mujeres de ojos grandes*, el libro de artículos *Puerto libre*. En fin, no estuve ociosa. Yo quisiera escribir más rápido, me da mucha tristeza no poder hacerlo. Pero, para una novela, necesito no sólo un tiempo largo de escritura, sino también de gestación. Además, hay otra cosa: el relato que salió este año con el título *Ninguna eternidad como la mía*, es una historia que está completamente perfumada con personajes de mi novela anterior, se